



CULTURA, DESARROLLO, INMIGRACIÓN

NOTAS PARA UN DEBATE SOBRE LAS

RELACIONES CON EL MAGREB

Mikel Azurmendi

No hace falta haber sido lector de Hobbes, para haberse dado cuenta de que con miedo y en estado de inseguridad permanente el humano se halla alienado, incapaz de ejercer sus capacidades y desarrollar actos de valor. Ni tan siquiera el que se precisa para amamantar a un hijo o alimentarlo. Por eso, cuando su acción persigue únicamente negociar el miedo, entra en la zona gris de la mera supervivencia, esa zona en la que el humano no puede marcarse otros fines que el de subsistir y entonces puede volverse un lobo para el otro humano. El miedo mutuo entre tribus, comunidades o Estados conduce directamente a la guerra. De ahí que significar el desarrollo humano, tanto de seres individuales como de tribus, comunidades o naciones, sea entender que alguien y muchos otros a su alrededor han perdido el miedo al mundo circundante y se hallan liberando sus capacidades en la transformación material y espiritual de ese mundo. “Desarrollo” es apelar a cierta expansión de las capacidades humanas susceptibles de acceder a los medios requeridos para la transformación. El desarrollo se mide progresivamente, que es como decir que el progreso es algún índice del desarrollo. Y aunque es difícil evaluar el progreso material, nadie dudará de que el progreso tiene algo que ver con cierta mejora del nivel de vida y salud, en la que inter-

vienen el control de enfermedades y epidemias y hasta cierta cirugía; también la escolarización masiva, la calidad del transporte y comunicación, así como el abastecimiento, homogeneización y calidad de las mercancías.

Tampoco sería difícil convenir en que el progreso moral —sea lo que fuere ello— tiene algo que ver con una política social que persigue el pleno empleo y la participación en igualdad de oportunidades de todos, tanto hombres como mujeres, en el proceso de trabajo, conocimiento y ocio. Es decir, que sea cual fuere el horizonte cultural de los humanos, habría valores que les predisponen a crecer moralmente más: como son los de suponer que la vida de todos los humanos vale lo mismo, que la de nadie es más digna que la de ningún otro y que eso no se verifica cuando cada cual no puede decidir con entera libertad y autonomía sobre su propia opción de vida. Es, por consiguiente, moralmente menos progresado defender que uno pueda infligir daño y humillación a cualquier otro humano que defender lo contrario. Y, en consecuencia, es moralmente menos valioso defender que los hombres tienen derecho sobre las mujeres, los mayores sobre los niños o ciertos Estados sobre otros de menor desarrollo. En una palabra, la invención moral de los derechos humanos fue un hecho crucial de progreso, universalmente aceptable para desarrollarnos como humanos.

Al objeto de mejor enmarcar nuestras tareas ante el Magreb, estas reflexiones generales sobre lo que es o no progresar no deberían soslayar una de sus condiciones de posibilidad, a saber, la naturaleza del cambio social, tanto el que se efectúa de manera endógena en la convivencia entre seres humanos (siempre diferentes unos de otros y buscando siempre sus propios intereses), como el que se induce desde el exterior de la comunidad o país debido a las relaciones entre gentes de países vecinos. Ofreceré varios rasgos que me parecen pertinentes no olvidar en el momento actual de nuestras tareas.

Uno. Parece incontrovertible que toda sociedad tiene la facultad de decidir el proceso por el que se desarrollará ella misma, es decir, toda sociedad puede defenderse del ataque así como del potencial cultural transformador de la sociedad vecina. Ello implica reconocer que cualquier cultura –en cuanto torbellino de símbolos generadores de propensiones, fines, propuestas, expectativas y valores– es *per se* tan respetable como cualquier otra. Se entiende que lo es siempre que favorezca valores de convivencia y respeto de las sociedades vecinas sean cuales fueren sus valores culturales. Y ése no fue precisamente el caso de la cultura nazi, de la imperial japonesa o de la soviética. Pero tampoco fue ese el caso de los países europeos cuya cultura sí contenía valores de respeto a las personas y sociedades vecinas pero no fueron consistentes con esos valores y avasallaron colonialmente a otros países del mundo, alterando radicalmente su proceso de cambio cultural.

También existe hoy cierto islam o cultura islamista que desarrolla valores y propensiones a convertir a su creencia a todos los infieles, es decir, al resto de los humanos, usando incluso la coacción. Sin embargo, a ese islam, que en el interior de cualquier sociedad islámica tuviese ahora mismo la legitimidad de estatuir el presente que más desee para dirigirse hacia el futuro con el que sueña, podría volvérselo fatal su ingerencia en otros países si les causa inseguridad, no sólo física sino cultural. De ello han sabido ya algo los afganos que impulsaron un régimen islamista de clara connivencia con el terrorismo internacional o también los irakíes tras invadir Kuwait y no aceptar las reglas internacionales que siguieron de su vuelta al *statu quo*. Todos amamos nuestra propia sociedad lo suficiente para protegerla de la amenaza, interna o externa. Y nosotros, ciudadanos del pluralismo cultural, vemos como una amenaza tener que cohabitar con otros ciudadanos que no son tolerantes y aprovechan el pluralismo y la tolerancia para sabotear el sistema democrático o para establecer otro paralelo. Así se explican nuestras razones para ser tolerantes con cuantos extranjeros vienen a nosotros y aceptan nuestros valores optando

por integrarse socialmente; o nuestras razones para ser intolerantes con grupos racistas, neo-nazis, abertzales radicales, xenófobos de todo pelaje o, también, con gente de otra cultura que, tras inmigrar a nuestro país, no acepta el sustrato esencial de los valores cívicos, como son la igualdad de todas las personas sin discriminación de sexo, religión o edad, la autonomía de las personas y la libertad para determinar cada cual su vida en la dirección que quiera. Pero, simétricamente, los ciudadanos de otras sociedades de diferente cultura se hallan asimismo ante la responsabilidad de protegerse de las amenazas interiores y exteriores, incluida nuestra amenaza, la de nuestros valores que nosotros amamos tanto pero no podemos exportar mediante constricción. Es decir, los países –sean o no islámicos– deben ser libres para optar por valores que tienen todos los visos de ser interesantes para el progreso material y moral de los humanos; *libres* significa también que deban sopesar con prudencia las consecuencias de quedarse al margen de esos valores.

Sin embargo, desde la perspectiva de esos valores apuntaré otro rasgo: el de un riguroso deber de ingerencia humanitaria en otros países. Ingerencia que puede adquirir formas culturales, económicas, militares y hasta políticas, porque no podemos ser jamás cómplices del mal que otros cometen sobre cualquier ciudadanía. Y lo solemos ser cuando, pudiendo evitar ciertos de esos males, miramos a otra parte sin hacernos los enterados; o, mucho peor aún, cuando por cálculo oportunista apoyamos con material bélico, sostén político o financiero a líderes que someten y oprimen gravemente a su ciudadanía (por ejemplo, buena parte de las dictaduras que existen en el mundo han sido o están sostenidas por países democráticos). La apatía o la indiferencia respecto al mal que existe en el mundo nos convierten en cómplices a los países del mundo desarrollado.

Y, por último, el hecho de que las sociedades que menos aceptan su propia transformación cultural se hallan más incapacitadas para sobrevivir. Así es como han ido desapareciendo miles de

culturas o transformándose miles de otras por el contacto e influencia de unas poblaciones con otras. Como toda cultura es un dispositivo simbólico para fijar cierto orden conceptual y sentimental impidiendo determinados cambios sociales, existen culturas muy diversas: todo un abanico de culturas que va desde el ofrecer mucha cintura simbólica para el cambio social hasta el de no ofrecerle resquicio alguno; unas, posibilitando que individuos de mucha potencia creadora encaucen mediante sus vigorosas propuestas simbólicas la capacidad inteligente de sus paisanos para sobrevivir transformándose; y otras, en cambio, vigilando de cerca a las mentes audaces para someterlas al valladar de la tradición. Así, por ejemplo, las muy diversas sociedades donde vivieron los seguidores de Buda, San Pablo, Confucio, Lutero o los Ilustrados tenían la suficiente porosidad para comprometerse con cambios culturales realmente espectaculares. Nuestra sociedad es una de las sociedades de mucha cintura al cambio que se han fraguado en esa porosidad cultural y configurado hacia la constante mutación de fines. Y en el actual estadio de globalización, a todas se nos exigirá mucha más: a la nuestra, ser mucho más coherente con nuestros valores de libertad y justicia distributiva; y, a otras no democráticas, afrontar el reto del cambio social, sobre todo a aquellas cuyos valores se comportan con agresividad frente a los valores de dignidad e igualdad de las personas. Valores que deberán ir en ese mismo paquete de la interconexión de mercados, capitales y seres humanos de todo el mundo, porque ayudar al desarrollo industrial, comercial y tecnológico de un país implica que se ayude no sólo a quitar el hambre sino a valorar de manera nueva el puesto del humano en el mundo y su puesto mismo en ese mundo de cosas nuevas y seres nuevos.

Estos rasgos, generales pero concernientes al momento cultural del paso actual al desarrollo, permiten avanzar al menos cuatro puntos concretos que tienen algo que ver con las obligaciones de nuestro país y que serían útiles para buscar algún tipo de consenso concerniente a la rivera sur del Mediterráneo.

1. *La cuestión del Magreb cuestiona directamente nuestro entendimiento de lo que es la inmigración.*— En cuanto acontecimiento humano y considerada en sí misma, la emigración no es ni buena ni mala porque la regla humana de cualquier agrupamiento ha sido también trasladarse en pos de mejores condiciones de vida; sin embargo, determinadas circunstancias pueden volverla nociva, ya que puede vaciar un país de su fuerza más interesada en el futuro. Y esto es letal para las gentes que quedan en ese país porque quedan sin esperanza social. Los inmigrantes africanos, que vienen hasta nosotros con intenciones de volver relativamente pronto, generalmente no vuelven, debido principalmente a que el cierre de las fronteras europeas desalienta idas y venidas favoreciendo su permanencia aquí a cualquier precio. Así, a quien le gustaría emigrar para determinada temporada con vistas a amasar un pequeño ahorro y regresar a donde su familia, deberá cambiar de intenciones y contar con que ha de fijar aquí su residencia, si no para siempre, sí para muy largo plazo. Esto le hará sufrir un desgarró personal suplementario puesto que, a cambio de quedarse, se le exigirá —con razón— que sea como nosotros, es decir, modifique sustancialmente su conducta y, cuando traiga aquí a su familia, readapte su cultura familiar a la nuestra de libertad, dignidad y autonomía de la persona. Esta conmoción cultural suele afectar a menudo los cimientos del inmigrante africano disponiéndole a ser víctima del resentimiento; hasta puede activar en su seno sentimientos defensivos y de rechazo de nuestros valores. Sobre todo en circunstancias materiales de extrema dificultad, a causa de determinados comportamientos xenófobos de la población, de la frustración pura y simple de muchas expectativas personales que se traían y, también, por la acción inducida de la ideología anti-sistema. Esa conmoción y ese desgarró no son nunca buenos en sí mismos porque hacen sufrir en balde y humillan a la persona; pero pueden resultar muy nocivos si radicalizan al inmigrante y lo revuelven contra el sistema democrático: el fundamentalismo islamista ha llegado a ser en Europa una

salida personal para muchos inmigrantes desdeñosos del cambio cultural al que les “somete” la sociedad democrática.

En consecuencia, debería ser objetivo nuestro evitar demasiado altos costes personales de adaptación cultural de los inmigrantes africanos y, también, el vaciamiento de la ciudadanía joven de sus países de origen. Es inmensamente bueno que ofrezcamos a los inmigrantes trabajo y posibilidad de ahorro, incentivos de mejora salarial y formación profesional, enseñanza de calidad para sus hijos y oportunidad social pero, también, la posibilidad de retornar para contribuir directamente al desarrollo de sus países. Una política europea de integración social debería plantearse, también, como una política orientada a ese futuro de desarrollo africano: los euro-ciudadanos de África pueden ser una baza fundamental para configurar la cadencia y modalidad de la penetración de nuestros valores en sus respectivos países. No es bueno para Africa que la vaciemos de su gente más prometedor y tampoco que, pudiendo los africanos desarrollar la capacidad de adquirir a su propio ritmo la libertad, tengamos que proporcionársela nosotros desde las orientaciones contingentes que la historia y el azar nos han marcado a nosotros, los occidentales. Nuestra contingencia histórica (con sus episodios, cadencias de progreso y reacción, conflictos, etc.) no debe serles impuesta al abrazar ellos el camino de nuestros valores. Nuestros valores valen, pero el cómo llegaremos a ellos no comporta solamente ni siempre valor, sino también mucha miseria.

Resumiendo. La inmigración masiva hacia Europa está sucediendo sin que a los del sistema democrático europeo nos haya interesado activar nuestra potencialidad de evitar a África el gran daño inútil de ir vaciándose el territorio de su fuerza más prometedor y, además, sin que hayamos intuido que la inmigración forzosa no es algo deterministamente escrito en los vectores de la globalización. Es decir, se trata de una imaginación occidental cruel además de perezosa, pues no ha buscado agudizar el ingenio inventivo para destruir entre nosotros el trabajo más duro y de-

gradante (por ejemplo, robotizándolo e impidiendo el fácil recurso a personas extranjeras baratas). Tampoco ha sido una imaginación consecuente con sus premisas de dignidad y justicia, al usar la libertad de exportar capitales sin la de exportar la libertad misma. Querámoslo o no, pues, nuestro vecino mediterráneo, en tanto sea un Marruecos sub-desarrollado seguirá siendo una de las puertas del África sub-desarrollada hacia Europa. Es una puerta que abre directamente hacia nosotros, que nos seguirá causando problemas políticos (descontrol de los flujos inmigratorios; pérdida de cohesión social por causa de la no-integración de los inmigrantes; aumento de xenofobia) y también problemas de seguridad. Nuestra cohesión social y seguridad aumentarían con un Marruecos más desarrollado, pues desarrollar Marruecos traerá como resultado que se detenga parcialmente la actual sangría de emigración africana ya que Marruecos actuaría, a su vez, de motor del cambio africano.

2. La cuestión del Magreb cuestiona directamente a nuestro país por no haber actuado desde Ceuta y Melilla como motor de desarrollo y democracia.— España se halla en el Magreb desde hace más de 500 años. A finales del siglo XIX y comienzos del XX se enfrentó bélicamente a una parte de la población rifeña a la que, luego, de acuerdo con Francia y otras potencias europeas, colonizó durante cuatro décadas. Desde 1978, la democracia afincó en el norte del Magreb, esto es, en Ceuta y Melilla, pero es un hecho que el Magreb no tiene especiales razones de agradecimiento a la España democrática, porque nunca hasta ahora hemos intentado desarrollar su capacidad para que, desde esas tierras españolas, creciera la libertad de los marroquíes en sus decisiones materiales y espirituales. Es decir, ayudarles a que solucionasen los más sangrantes aspectos de su pobreza y tiranía.

A cambio de importantes ganancias en la venta de mercancías al Magreb marroquí y a extensos territorios subsaharianos, Ceuta y Melilla —viviendo en una especie de permanente provisionalidad— sólo han aliviado el malestar de un puñado de rifeños

acogiéndolos y proporcionándoles trabajo, vivienda, escuela, hospitales y la propia ciudadanía española desde los años 80. Pero los ha hecho ciudadanos casi de segunda, tratados todavía de “musulmanes” (como lo hace hasta la prensa más progre) contra toda costumbre democrática anclada en nuestra Constitución. Ciudadanos semianalfabetos cuyos hijos cosechan un enorme fracaso escolar y quedan relegados a los trabajos menos cualificados; ciudadanos, que viven victimistamente del resentimiento de verse más pobres y menos capaces, ya que sus condiciones ideológicas no les ayudan tampoco a comprender lo que es una ciudadanía de igualdad de oportunidades. Melilla y Ceuta, de ser plazas militares, han pasado a ser solamente ciudades mercantiles con democracia de tendencia multiculturalista (es decir, basada en la aceptación de segmentos sociales promovidos por el origen y la religión). Es ésa una de las causas por las que Ceuta y Melilla no han abordado todavía la tarea de expandir su libertad en círculos concéntricos de desarrollo industrial-financiero y cultura democrática. Melilla y Ceuta se han quedado encerradas en sí mismas, pensando que *mantenerse españolas* era la manera correcta de encarar el futuro. Pero Melilla y Ceuta, paisaje moral euro-mediterráneo, no se han enterado todavía de que es otra su tarea como europeas y, por tanto, no nos han ayudado tampoco a los españoles peninsulares a entender la cuestión africana. Una cuestión de *ensanchamiento moral* desde la economía de mercado y la política democrática.

3. *La cuestión de la seguridad y desarrollo del área mediterránea ha acabado planteándonos como problema marroquí.*— En venganza, el Magreb vuelca ahora sus hombres y mujeres sobre nosotros y actúa de quicio de la puerta africana para que buena parte de su población joven se venga a Europa. El gobierno alauita y sus servidores se enriquecen con esa revancha, a la que se añade la estúpida de introducirnos droga, mientras se envilecen sus instituciones y su gente. Marruecos se ha convertido en un país que expulsa a sus jóvenes y se desentiende de sus adoles-

centes para así evitar el conflicto social; sus instituciones permiten que parte de esos jóvenes muera o se degrade en el arriesgado intento de saltar a Europa. Morir así es degradantemente fatal, cierto, pero llegar a vivir en calidad de infractor de la legalidad le deja en el desamparo humano. Y al país exportador barato e ilegal de su ciudadanía, en la ignominia.

Marruecos tiene sobradas razones para resguardar sus pesquerías y otros recursos naturales de la pura rapiña hispana y europea; pero no es razonable su postura de cerrarse al trato, al negocio y al pacto con España en nombre de diferencias políticas respecto a la solución del Sahara. O en nombre de cualquier otra cuestión. Por eso no fue razonable su cerrazón ante la delegación del Gobierno que, poco antes de la campaña fresera de Huelva del 2001, le ofrecía bastantes miles de contratos de temporero para su gente. Menos aún, cuando esa su gente sería la mejor gente para desarrollar Marruecos sin apenas costo cultural al venir a España y volverse con contrato de temporero.

Pero lo que con ese proceder logra el Gobierno de Marruecos va mucho más allá de la incomprensión diplomática, el recelo de las autoridades españolas o la ruptura de relaciones mutuas, pues también consigue reforzar en los marroquíes su desconfianza en los países democráticos (los *infieles*) amén de reforzar en los españoles nuestra histórica desconfianza en el moro. Eso se vio con nitidez en la campaña fresera de Huelva, en la no renovación de los acuerdos de pesca, en la ocupación militar marroquí de la isla Perejil o en los contratos privilegiados de Marruecos con Francia y las pesquerías niponas; y de ello se resienten a diario múltiples zonas agrarias españolas donde la tradicional mano de obra magrebí esta siendo reemplazada por lituanos, polacas, ecuatorianos y rumanos. En realidad, es un proceder gubernamental marroquí que fomenta en nuestra ciudadanía la generalización abusiva de fobia hacia el conjunto de los marroquíes. Y eso es infame, puesto que hombres y mujeres tratados como súbditos sin derechos por sus propios gobernantes deben a su vez asumir las

consecuencias de su irresponsabilidad y crueldad en la emigración.

4. *Plantear el Magreb mediterráneo como polo de desarrollo europeo en África implica romper nuestro etnocentrismo, para empezar en Ceuta y Melilla, incentivando desde ellas la producción de recursos materiales básicos en el Rif orientados hacia una política social. Para lo cual se nos impone ante todo cambiar nuestros móviles hasta entender que Ceuta y Melilla son esencialmente euro-africanas: que su españolidad consiste en asumir que el progreso del desarrollo se expanda desde ellas en dirección a África.*

Expandir la libertad hacia Marruecos implica que colaboremos con los marroquíes en la implantación de aquellas estructuras productivas para las que ya están capacitados, como la agricultura intensiva, la pesca y el turismo. Son actividades que llevan consigo el fomento de la industria del hierro y varilla, del plástico, semillas y productos fitosanitarios, de la industria conservera y las redes de comercialización y exportación en las que los agricultores andaluces y murcianos, las cofradías pesqueras españolas y los empresarios hosteleros podrían acomodar perfectamente sus intereses. Y la Administración debiera apoyar ese acomodo industrial con la formación profesional de aquellos inmigrantes marroquíes que trabajan en esos sectores productivos y están interesados en asumir el papel de co-productores de ese desarrollo.

Tal producción de recursos materiales y humanos debe orientarse en pos de una política social de salarios, reparto de bienes y también derechos, al objeto de que aumente la participación del tejido civil y la creatividad de los marroquíes. El fin es que ellos cambien a mejor pero cambien como quieran ellos en los plazos que convenga al fortalecimiento de su tejido social. Se trata, en consecuencia, de impulsar un proceso endógeno donde los marroquíes mismos se planteen críticamente las condiciones espirituales y mentales del cambio.